MEMORIA

DEL

Excmo. Sr D. Adolfo de Castro.

DEL USO DE LA VOZ *que,* EN SUS VARIAS SIGNIFICACIONES, COMO BASE DE LA CONSERVACIÓN DE NUESTRA LENGUA

Introducción.

La invariabilidad de la sintaxis es el medio más poderoso para la conservación y perfeccionamiento de los idiomas, por preceptos tan elocuentemente razonados como uniformes. La introducción de nuevas palabras, por efecto de descubrimientos en ciencias, en artes y en industrias, no alteran ni pueden alterar la índole de una lengua. Son reformas que exigen las necesidades de los tiempos. No sucede así en cuanto á los giros que constituyen la esencia de un idioma. Tocar á ellos modificándolos al aire de otro ú otros de diversas hablas extranjeras, es una profanación indisculpable.

Los idiomas han experimentado cambios notables según los siglos. En España sufrimos en el XV los *latinismos* por el capricho de los que se empeñaron en convertir nuestra lengua en sabia: los franceses en los dos siguientes, dominados por la influencia española, dieron en los *hispanismos*, como los italianos, si bien no con tanto anhelo.

Al empezar nuestro dominio en América, claro es que el idioma adoptado generalmente, era el que se hablaba en España. Todavía se usan muchos acentos de aquel tiempo. Lo mismo acontecía en las artes; pintábase á imitación de tablas doradas del siglo XV: las esculturas tenían todo el carácter de las efigies bizantinas. El indio no sabía otra cosa que imitar más ó menos servilmente. Cuando pintores sevillanos convirtieron la América en seguro mercado para sus obras, especialmente los llamados de feria, las tintas de Murillo y sus discípulos eran los objetos preferentes de la imitación de los artistas indígenas, bien oriundos de la raza española, bien de la india, pero siempre con débil mano.

Bernardo de Balbuena, en su *Grandeza Mejicana*, quizá exagerase en mucho el mérito de alguno de los artistas que enumera.

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

El pincel y escultura que arrebata
el alma y pensamiento por los ojos,
y el viento, cielo, tierra y mar retrata,
adonde con bellísimos despojos
se goza del gran *Concha* la agudeza
que hace á la vista alegres trampantojos.
Del celebrado *Franco* la viveza,
del diestro *Chaves* el pincel divino,
de hija y madre el primor, gala y destreza,
Con que en ciencia y dibujo peregrino,
vencen la bella Marcia y el airoso
pincel de la gran hija de Cratino,
Y otras bellezas mil que al milagroso
ingenio de ambos este suelo debe,
como á su fama su inmortal coloso.

La índole verdadera del idioma español se encuentra en la riqueza inmensa de los relativos, y mayormente cuando tienen lugar ó significado de conjunción y no de demostrativo. En este punto, y comparado el español con el francés, el portugués y el italiano, posee una gran superioridad nuestra habla por la abundancia elegante de modos de decir, que da gracia, vivacidad y energía á las frases.

Quítese á la común manera de hablar estas formas, y se conseguirá un lenguaje lacónico y severo que á veces toque en sequedad y á veces en afectación evidente como enojosa, quitando volubilidad al idioma, y aquel aspecto majestuoso que tanto encanta en los escritos de Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de León.

No trato de hacer un profundísimo estudio de estos giros de carácter tan genuinamente español. Dirigiéndome á un Congreso de personas peritísimas en el idioma, no debo incurrir en prolijas reflexiones. Basta indicar las ideas. El talento de los congresistas suplirá la brevedad de los conceptos, con tanta mayor razón, cuanto que el término concedido á la lectura de las Memorias está reducido á precisos é indeclinables períodos. La concisión está impuesta como precepto, y hay que someterse á ella.

Si vamos á entrar en la metafísica del idioma, en muchas ocasiones encontraremos insuperables dificultades para razonar las causas de ciertos y ciertos giros. Ellos existen: la experiencia los conserva, el estudio de los clásicos nos los han enseñado, su uso es verdaderamente grato, y la elocuencia española, en todos los géneros, ha hallado y halla medios de hermosear el habla.

Así, pues, nos encontramos en este empeño para fijar de algún modo el

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

genio de nuestro idioma, sacado de la práctica, que en esto de las lenguas suele ser la guía más feliz para conseguir la posesión indubitable de sus misterios, harmonía, pompa, variedad y riqueza.

I

Para evitar durezas en la dicción, suele suprimirse algún que otro *que* relativo, según se advierte en este pasaje del *Criticón* de Gracián, el libro de mayor riqueza de imaginación que tenemos en castellano.

«Con tal sutileza le engañó, que le persuadió *se robase* á sí mismo.»

El trovador Soria comprendió que resultaba en el verso gran dureza con la repetición de dos *ques*, y por tanto, para darle más dulzura, modificó la frase *Mayor mal que el que padezco*, diciendo *Mayor mal del que padezco*, según notó D. Gregorio Mayans y Liscar en el siguiente villancico, que calificó de ingenioso:

No me duele, aunque es mortal
mi dolor,
cuanto vuestro desamor.
Mayor mal *del* que padezco
merezco yo padecer,
y no puèdo merecer
mayor bien *del* que merezco.
El bien de parte del mal
del amor,
el mal por quien da dolor (1).

Este modo de frasear siguió en semejantes casos el gran poeta portugués-español Gregorio Silvestre:

Quien amando no es amado,
¿qué merece?
no más mal *del* que padece.

Así se repite la frase como estribillo de la letra (2).

Lope Félix de Vega Carpio, tan práctico en elegir términos breves para los versos, escribió:

Mi padre nunca ha tenido
pensamientos de *ser más*

(1) Retórica. Lib. III, cap. XVII.
(2) Las obras de Gregorio Silvestre, Granada, 1599, folio 83.

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).
Centro Virtual Cervantes

de lo que es, que jamás
será *más de lo que* ha sido (1).

De otra manera, habría incurrido en durezas contrarias á su buen gusto y deseos.

Mi padre nunca ha tenido
pensamientos de ser más
que lo *que es*, *que* jamás
será más *que* lo *que* ha sido.

Vése, pues, que la modificación, ó siquier sustitución, tenía sus razones.

Luis Cabrera de Córdoba (2) decía de Rui Gómez de Silva, príncipe de Éboli, que «se hizo lugar y conservó en la gracia del Rey con ser sumamente modesto, sin entender *más de lo* que decirle quería con disimulación honesta y buena.»

Seguida de la palabra *de*, la *que*, algunas veces con nombre sustantivo y hasta con verbo alguna vez, denota siempre una como admiración, ó maravilla ó sorpresa, según en las frases; aquí aparecen, *¡qué de hombres! ¡qué de dineros!* lo que equivale á decir: *¡oh, cuántos hombres! ¡oh, cuántos dineros!*

Más elegantemente usó estos giros D. Agustín Moreto (3) por manera de encarecimiento:

¡*Qué de* cuidados me debes!
¡*qué de* desvelos me cuestas!
¡*qué de* suspiros al aire
sin tener de ellos respuesta!

Empezar una oración invirtiendo el orden de ella por medio de hiperbatón, por la voz *que*, da evidentemente cierta elegancia á las frases.

La célebre poetisa Sor Juana de la Cruz, monja jerónima en Méjico (4), de esta suerte daba principio á uno de sus buenos sonetos:

Que no me quiera Fabio al verse amado,
es dolor sin igual en mi sentido.

Deshecho el hiperbatón, quedan así los dos versos:

Es dolor sin igual en mi sentido,
que no me quiera Fabio al verse amado.

Pero no hay duda que resulta la oración mucho más gallarda tal como la escribió la insigne autora.

(1) Valor, lealtad y Ventura de los Tellos de Meneses, «Parte II.» Comedia famosa.
(2) Historia de D. Felipe II.
(3) «En el mayor imposible nadie pierde la esperanza.» Comedia famosa.
(4) Poesías. Parte 1.ª

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).
Centro Virtual Cervantes

Cuando se usan adjetivos ó adverbios que denotan antelación ó preferencia, y hasta paridad, la palabra *que* da gran fuerza y elegancia al decir. Así se ve en el proverbio «primero mártir *que* confesor.» D. Diego Felipe de Albornoz expresó así con notable espíritu ese pensamiento: «La fortuna *igualmente* juega con los Reyes que con los vasallos, con la diferencia de engañar á los unos en mucho y á los otros en poco» (1).

«Para que las mujeres tuviesen la *misma* esperanza *que* ellos» (2) dijo el Doctor D. Juan Caballero de Cabrera, Canónigo de Lima y Procurador general de toda la Iglesia del Perú en la corte de España.

Confirma cuanto se pueda imaginar sobre estas citas, aquel vulgar proverbio: «La persona sanguínea y el perro lanudo, *primero* muertos *que* lo vea ninguno.»

Para ponderar lo veloz de una corrida, se dice *corre que vuela*, cual si se quisiese expresar que el *correr* era tan rápido como si fuese de vuelo.

Trastrocó la frase el ingenioso Marqués de Alcázar, D. Diego Ximénez de Enciso, en su celebrada comedia *Los Médicis de Florencia*.

Volaba par del viento, no *corría*.

Hay otra frase para significar la presteza de dos acciones, las de huir y las de perseguir: «Iba á *corre que te alcanza.*»

La frase *no sé qué* es muy significativa. Ignoro si los italianos la tomaron de nosotros, ó nosotros de aquel idioma.

Y para remedio de esto,
tomó *no sé qué* brevaje.

Esto se lee en el *Romancero general.*

D. Juan de la Hoz y Mota, en sus Comedias, más de una vez la ha usado. D. Antonio de Zamora, en el *Hechizado por fuerza*, exagera de este modo la frase:

—Esta es,
de Luciguela sin fe,
Don Claudio la habitación.
—¡Válgame Dios! que mansión
tan como *qué sé yo qué.*

A que, es una forma de empezar un brindis, como en estos ejemplos: *¡A que* vuelvan los buenos tiempos! *¡A que* seamos felices!

El citado Hoz, en el *Castigo de la Miseria*, con la frase interrogativa ¿cómo que sí? abre el camino para completar el pensamiento explicándolo con toda claridad:

(1) Cartilla cristiana y politica, libro muy elocuente como filosófico. (Madrid, 1666).
(2) Obra póstuma, sermones á diversos intentos. (Madrid, 1643).

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

—Dicha será *que* quiera mi señora.
—¿Cómo *que* sí? Le quiere que le adora.

Que, después de su vocativo, se usa para llamar la atención sobre un hecho.

II

En los modernos tiempos se han dado en llamar *Cervantismos* aquellos giros que, siendo propios del idioma español, y no inventados por Cervantes, se han usado mucho por él en sus principales obras, afirmación aquélla caprichosa muy repetida por entusiastas admiradores de ese portentoso ingenio.

Recuérdense, si nó, algunos proverbios anteriores á Cervantes, como estos:

—Afición es la que sana *que* no el palo de la barca.
—Cuentas son que llevan *que* no ollas que se quiebran.
—El molinero andando gana *que* no estándose en la cama.
—El tiempo cura al enfermo *que* no el ungüento.
—En Portugal aceite *que* no pan.
—Canas son, *que* no lunares, cuando empiezan por los aladares.
—Fuego hace cocina *que* no moza ardida.
—Cobre gana, cobre, *que* no huesos de hombre.
—Con quien pases *que* no con quien nasces.
—Dios os salve *á las* sopas *que* no á la carne.
—Miedo guarda viña *que* no viñador.

Este mismo giro se halla en aquel cantarcico popular.

Esta es Simancas,
don Opas traidor:
esta es Simancas
que no Peñaflor.

En estos ejemplos se ve *que* la palabra *que* ha dejado de ser relativo y toma la significación de la voz latina *que*, en equivalencia de *y*.

Esta es Simancas
y no Peñaflor.

Esto mismo se observa en las frases *dale que dale*, *corre que corre*, *erre que erre*, *firme que firme*, *serio que serio*, *quedo que quedo* y otras semejantes en que se encuentra la palabra *y* convertida en *que*, pareciendo como que se da así más fuerza conjuntiva á la frase.

Con ese objeto, hasta tres veces repitió la frase Cañizares en su Comedia *Si una vez llega á querer, la más firme es la mujer*.

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

Y si la veleta vuelve,
se irán, se irán *que se irán.*

Otras ocasiones la voz *que* toma la significación de *ya*, ó de *ora* ú *ó*, para manifestar acciones ú objetos opuestos, cual se advierte en estos refranes:

—Casar, casar, *que* bien *que* mal.

—*Que* por la pera, *que* por la manzana, mi hija nunca será sana.

—*Que* me pesa, *que* me huelgo, no se me olvida el bollo del fuego.

—*Que* quiera *que* no quiera, el asno ha de ir á la feria.

—*Que* vayas abajo, *que* vayas arriba, aquí queda quien nos trasquila.

En muchos pasajes de diferentes clásicos se confirma la significación de estas frases:

«Que coma, que beba, que hable, que ría, en casa, fuera de ella, día y noche, en todo tiempo y lugar, así quiero vivir» (1), otro autor decía:

«Lo mismo le importaba que le pusieran diez *que* quince ó *que* veinte años.»

Y, casi en nuestros días, D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario), gran maestro de buen decir:

«Los errores allí cometidos sirvan de advertencia saludable en los eventos que puedan presentarse de llevar nuestras armas á aquel país, cuya civilización ha de ser empresa que *tarde que temprano* ha de correr á cargo de nuestra península» (2).

Negar *que* negarás, que en Aragón estás. Este era un antiguo proverbio para persuadir que el delincuente debía no confesar en los tribunales, puesto que en Aragón no se usaba el tormento para compeler á los reos por medio del dolor á declarar.

Pongo la frase como arcáica y como memoria. El Garcilaso de la Vega pone en boca del pastor Albanio estas palabras: (3)

Callar *que* callarás. ¿Hásme escuchado?

Fernando de Herrera, en las anotaciones á Garcilaso, censuró de vulgarísimo este modo de decir, por más que aparece como de un hombre rústico, pues que en escritos de primores retóricos no está bien la licencia de permitirse el autor realismos ó groserías tales.

Conste, pues, el giro por español, si bien no sea lícito su uso, sino aplicado en ocasión oportuna.

Cristóbal de Castillejo, por apócope con la paragoge, en vez de *dicen que* formó la palabra *diz que*.

---

(1) Juan Bautista Verge, *Memorias de la Misión, Meditaciones cotidianas*. Cádiz, 1785.
(2) De la jornada de África y batalla de Alcázar-kibir. (Heraldo del año 1844.)
(3) Egloga 2.ª

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).
Centro Virtual Cervantes

Porque amor, muerte y fortuna,
diz que igualan á cualquiera (1).

Y aunque esta corrección se ha repetido por otros clásicos autores, entiéndase que sólo se recuerda como curiosidad y no como ejemplo.

El obispo americano D. Pedro de Oña, más elocuente en prosa que en verso (2), en su grandioso libro ascético *Las Postrimerías del hombre* (3), dice: «Los que hacen ofensa á Dios, enemigos declarados son de su alma. ¿Quiéres saber *qué* tanto?» frase muy castiza y semejante á aquella *¿Qué tanto ha?* citada por Franciosini (4), con la diferencia de que en ésta hay una pregunta sobre el mayor ó menor tiempo que exige la respuesta de *ha mucho ó poco*, y en la otra se trata de la importancia ó grandeza del suceso ó consecuencia.

A veces toma la palabra *que*, después del verbo, la significación de ¡ojalá! ó ¡pluguiese á Dios! como evidentemente se ve en estas frases que cita Lorenzo Franciosini: «Escribí *que* no escribiera, leí *que* no leyera.» (5).

Adquiere igualmente la fuerza de *y* tras el verbo en reprobación ó lamento de lo que se ha hecho, como en estas oraciones se advierte: Me enamoré, *que* no debiera. Salí desafiadò al campo *que* no debiera.

Después de un gerundio, repitiendo el mismo verbo en pasado ó pretérito con el enlace de la voz *que* se significa lo inmediato de la acción cual se patentiza en estos ejemplos:

Y en *llegando que llegué*,
ví una mora á la ventana (6).

«Acuérdome que *yendo que fuimos* á acompañar al Rey de Francia á Requena... yo me quejaba de no hallar que comer.» (7).

Clásicos antiguos han usado la palabra en forma comparativa *como* «A los semejantes viejos *que vos*, no los llamamos requebrados, sino resquebrajados; no enamorados, sino malhadados; no servidores de damas, sino pobladores de sepulturas.»

«No tiene la mayor importancia *que digamos*»; frase usada para quitársela á algún pensamiento.

Graciosamente decía un regidor: «Unos dicen *que sí* y otros *que no*, pero yo estoy por lo contrario.»

---

(1) Cancionero.
(2) Fué autor del poema *Arauco Domado*.
(3) Primera parte. Libro I, cap. III, discurso 3.
(4) Vocabulario italiano y español (1637).
(5) Vocabulario.
(6) Romancero general.
(7) Epístolas familiares de D. Antonio de Guevara. Parte 1.ª

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

III

Que en ocasiones significa *algo*, ó *haber*, ó *dinero*. Un proverbio antiguo dice: «Juega Mosen y no tiene *qué*.» En otra frase vulgar se denota lo mismo: «No testó por no tener *de qué*.» «A un lado yace el ternezuelo infante preguntando por su padre, sin tener *qué* llevar á los angustiados labios,» decía un escritor célebre.

Para el pícaro que lo crea, frase de duda.

Aquí que no peco, para denotar lo seguro de una resolución.

Ahí que le duele, para significar el acierto de una acción.

Y comparas... que ya, ya, frase de elogio.

Para eso que te quiere, en ponderación de cariño, á pesar de los defectos que puede tener el amado ó la amada.

Que te cojo, *que te cojo*, frase de juego con niños.

Que me place, de aceptación de un pensamiento.

Que me matan, de pedir auxilio ó protección.

¿Y *que* seáis, Señor, vos mismo quien convidáis? (MELLADO, *Primavera Eucarística*.)

Y *que* ¿á vos, Señor mío, he de recibir yo en mi pecho? (El mismo autor.)

En estos ejemplos se ve la fuerza de expresión admirativa que con estas frases se da al idioma castellano.

Hacer que hacemos; en este giro toma el infinitivo la significación de fingir ó aparentar.

Interrúmpese á veces la narración ó las reflexiones, introduciéndose una pregunta para aclarar mejor el pensamiento, como en este ejemplo: «Si yo fuera á seguir sus opiniones, ¿*qué* es seguir? á defenderlas como mías propias.»

Qué favores, ni que nada ó que alforjas, frase para quitar importancia á lo que otro afirma como indubitable.

Comilón, golosazo, *que tú eres*, decía Cervantes en encarecimiento de lo mucho que lo era el buen Sancho Panza.

Suelen unirse dos *ques*, uno como relativo y otro como partícula interrogativa, cual en estos casos los usó Cervantes en la parte primera del *Quijote*.

«Digo *que* ¿*qué* le iba á vuesa merced en volver tanto por aquella Reina Magimasa ó cómo se llame?»

A bien ó *Aun bien que*, frase es que sirve para demostrar que para una acción no existe la dificultad que se cree. En el *Diablo Predicador*, lamentándose de que, por haber herido de una pedrada á un zagalón, el lego había cometido una falta gravísima, Fray Antolín responde:

Aun bien que no soy de misa,

esto es, que había incurrido en irregularidad.

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

Que sí, hombre, que sí, frase burlesca de incredulidad, en que se aparenta, por cortesía, afirmar una cosa, dando á entender astutamente que se dice, pero sin prestarle fe.

Bien que en la mudanza espero
de condición femenil,
què os canséis de aborrecerme
antes *que* yo de sufrir.

Esto se lee en el *Cancionero* de Madrigal, sirviendo el *bien que* en equivalencia de *aunque*.

«El baile ha estado magnífico, *como que* muy pocas señoras han ido sin riquísimas alhajas» equivale el *como que* á porque, para abrir camino ó significar la causa.

IV

Fr. Luis de Granada y el Maestro León, autores de tan subida elocuencia, la fundaron especialmente en el ilimitado uso de giros en que dominaba la palabra *que* con la más oportuna variedad de sus acepciones. Y así se ha practicado igualmente por otros muy buenos escritores. El excelente Pedro Liñan de Riaza, siguiendo tan acertados y doctos ejemplos, creyó que en esa práctica lograría la posesión de una riqueza poética tan fluida como preciosa, alcanzando poderosísimo y atrevido vuelo su inspirado númen.

En una de sus poesías, se lee este pasaje, de tanta verbosidad como conceptos:

¿Qué diré del Oficial
que está atado á la tarea,
que por más corta *que* sea
le ofrece más de un real?
¿Qué del gentil caballero?
¿qué del honrado escudero?
¿qué del hombre bueno, *qué?*
que á ninguno toparé
que no se tope primero.

Y para que se vea que no habla en mí el entusiasmo gramatical ó retórico ó el pensamiento de acomodar á mi designio los frutos de antiguos estudios, obsérvese que el Maestro Bartolomé Ximénez Patón, que á los principios del siglo XVII publicó su librito sobre *La Elocuencia Española*, declara el mérito de estas obritas de Pedro Liñan de Riaza, á las cuales llama *Noches*, copiando como modelos los ocho versos que van distinguidos en letra cursiva, entre los que seguidamente se trasladan:

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

¡QUÉ *de llaves no son llaves!*
¡QUÉ *de torres no son torres!*
¡QUÉ *presto paras y corres!*
¡QUÉ *tarde olvidas y sabes!*
¡QUÉ *de parientes cohechas!*
¡QUÉ *de señoras que estrechas!*
¡QUÉ *de terceras que vistes!*
¡QUÉ *de verdades sospechas!*
¡qué de letradas has hecho!
¡qué de letras *que* deshaces!
¡qué de guerras, *qué* de paces
nos enseña tu derecho!
¡Qué mal se pintan tus lejos!
¡qué falsos son tus consejos!
¡qué presto anublas tus gozos!
¡qué de viejos haces mozos!
¡qué de mozos haces viejos!
¡Qué presto sueles venir!
¡Qué tardan tus soledades!
¡Qué bien *que* dices verdades!
¡Qué bien que sabes mentir!
¡Qué bien ríes, *qué* bien lloras!
¡Qué caras vendes tus horas!
¡Qué bien con el tiempo luchas!
¡Qué de músicas escuchas!
¡Qué de letras *que* decoras!
¡Qué bien escribes y notas!
¡Qué bien sabes declararte!
¡Qué bien procuras vengarte
entre espadas y entre cotas!
¡Qué mal pretendes grandezas!
¡qué mal tu casa aderezas!
¡qué mal velas sin por *qué!*
¡qué mal *que* guardas la fe!
¡qué mal vives cuando empiezas!
¡qué de cabellos *que* enrizas!
¡qué de mudas *que* te pones!
¡qué de tocados compones!
¡qué de aficiones *que* atizas!
¡qué de camisas remiendas!
¡qué de ganancias arriendas!
¡qué de ribetes *que* coses!

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).
Centro Virtual Cervantes

¡*qué* mal empeñas tus prendas!
¡*qué* de esperanzas *que* das!
¡*qué* de veces *que* las niegas!
¡*qué* de fuertes nos entregas!
¡*qué* descuidada *que* estás!
¡*qué* de ventanas *que* clavas!
¡*qué* libres haces esclavas!
¡*qué* de esclavas haces horras!
¡*qué* de papeles *que* borras!
¡*qué* de gorgueras *que* lavas!
¡*qué* de veces me aseguras!
¡*qué* de veces me acompañas!
¡*qué* fácilmente me engañas!
¡*qué* de imposibles me juras!
¡*qué* bien juegas sobre tajas!

. . . . . .

¡*Qué* de veces me has llovido!
¡*Qué* de veces me has helado!
¡*qué* mal pago *que* me has dado
el tiempo *que* te he servido!
¡*qué* presto vuelves la hoja!
¡*qué* mal miras mi congoja!
¡*qué* de malsines consientes!
¡*qué* pones de inconvenientes
á la fe *que* se te antoja!
¡*Qué* perdido me has de ver!
¡*qué* mal pareces perdida!
¿*qué* mal te hice en mi vida?
¿*qué* bien te dejé de hacer?
¡*Qué* de gustos aborrezco
por los males *que* padezco!
¡*qué* de veces dan las tres,
sin *que* me digan quien es
ni me den lo *que* merezco!
¡*Qué* bien te velo despierto!
¡*qué* de promesas te juro!
¡*qué* de veces te aseguro!
¡*qué* más que estoy en lo cierto!
¡*qué* de tiempo no te ví!
¡*qué* de años yo te oí!
¡*qué* de meses no me viste!
¡*qué* presto á verme volviste!

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).
Centro Virtual Cervantes

¡*qué* presto á verte volví!
¡*qué* presto decir podrás
«Yo hice *que* te matasen,
porque mis horas pasasen
y no las llorase más!»

V

Merece mencionarse aquí y con elogio el Padre Fray Juan de Jesús María Prior del Sagrado yermo de Nuestra Señora del Carmen de Descalzos en Nueva España, que publicó en Uclés el año de 1624 su libro *Epistolario espiritual* en que sigue, en una gran parte, todo el estilo de Santa Teresa de Jesús. Las cartas, sí son más extensas que las de la elocuente Madre, algunas, más que cartas, deben considerarse como tratados, y en todas se vé el estudio imitativo más que la espontaneidad de los escritos de la Santa.

Que por toda la obra recuerda este autor los pensamientos de la reformadora del Carmelo no cabe la menor duda, y ya no los pensamientos solos sino hasta las palabras mismas. En la postrera de sus epístolas examina en qué consiste el amor de Dios. «Oh que tengo á mi Dios por prisionero.» «Es mi Dios mi prisionero» escribió la santa en su conocida é inflamada canción.

«Llegue ya la deseada muerte» decía el religioso de Méjico, en recuerdo de «Venga ya la dulce muerte» de Santa Teresa. «No puede mi alma sufrir tan larga ausencia», expresaba el uno repitiendo aquel verso de la mística doctora.» «¡Oh que larga es esta ausencia!» Y bastan estos ejemplos, porque me llaman á consignar aquí varios rasgos de la elocuencia de este religioso.

«En este ejercicio no son menester preámbulos sino comenzar amando y mediar amando, y acabar amando, *que á buen seguro* sienta el alma *tarde que temprano* á su amado (como acá se puede gozar) de su hermosísima presencia y dulcísima conversación.»

«¡Oh vida tan prolongada! ¿hasta cuándo Señor? Qué haré gloria mía, qué haré? Por ventura desearé no desearos? *que* no Señor, *que* no puedo ya sufrir tan larga ausencia.»

«Ea, *que* muy bien hacéis, *que* la dulzura no es posible dar de sí, sino dulcedumbre suavísima.»

«¡Ah y *qué* bien tan grande *que* soy esclavo y siervo de Jesucristo!»

«¡Oh *qué* tiempo de tanto gozo y alegría sería este para mí! *Que* están ciegos, Señor, los que os ofenden, *que* no se entienden, *que* en medio de gustos y deleites viven una vida más amarga *que* la hiel, que dentro de sus entrañas traen un infierno entero!»

«¡Ay, que el corazón se muere por vos, bien mío! Ay *que* me mata el amor; mas ay que matando me da vida!»

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

«¡Oh vida *que* la dáis á todos, no me neguéis vuestra misericordia!»

«Ah que en el cielo la vida eterna consiste en conoceros á vos mi Dios y al que enviásteis Jesu Cristo!»

«¿*Qué* tengo yo mi Dios *que* ver con los gozos del suelo si estoy aguardando los de vuestro cielo? ¿Qué tengo yo *que* ver con las florestas del mundo y con los deleites de la carne?

»No está por cierto tan inclinado el pájaro para irse á su nido, no tanto el cordero á ponerse á los pechos de su madre, cuanto está inclinada el alma *que* os ama á irse tras vos, mucho más propensa y más afectuosa está para irse á vos *que* sois su centro.»

Don Juan Enrique de Zúñiga en su libro *Amor con vista* (1) juega mucho con la voz *que* en estas preciosísimas décimas:

Una vida que tenía
con un mirar me robásteis,
vos con la vida quedásteis,
yo sin una que tenía.
De modo que aunque este día
esta vida he recibido,
no he de ser agradecido;
pues quien dá lo *que* ha quitado
no puede decir *que* ha dado,
sino *que* ha restituído.
Pero pues este favor
me ha causado tal placer,
sin duda debe de ser
que ya me tenéis amor.
No hay *de qué* tener temor,
que pues por vos he llegado
á tan venturoso estado,
cosa es clara y conocida
que quedásteis con mi vida
y la vuestra me habéis dado.

En giro poco usado pero muy expresivo dijo el Padre Pedro de Salas (2).

¡Que ya; ó mi luz, mis ojos te descubren;
que te alcanzo de vista!
que sobre nubes que mitad te encubren
mi ardiente afecto su rigor conquista.
. . . . . .

(1) Cuenca, 1634, en 4.º
(2) «Afectos divinos con emblemas sagrados». Valladolid, 1658, pág. 493.

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).
Centro Virtual Cervantes

¡Que de estambre de vida en tenues hilos
forje el mundo cadenas!

Pasajes son estos en que se ve cuán delicadamente exponía el poeta su divinal admiración.

Pero no quiero pasar en imprudente silencio una de las más preciosas gallardías de estilo del gran Lope de Vega Carpio, en que de un modo admirable pinta la vida cortesana en contraposición de la vida del campo, valiéndose para ello de inesperadas interrogaciones.

A la mañana entra gente
tan lucida como ingrata
Se lava en fuente de plata...
¿*qué* más plata *que* esa fuente?
Si escuchando aduladores
oye lisonjas suaves...
qué más dulces *que* esas aves
que se están diciendo amores.

Lope de Vega, fué el poeta más estudioso del idioma, si bien encubre sus conocimientos con una admirable facilidad.

El quiso lucir, en más de una de sus composiciones, la unión felicísima del castellano clásico con las voces americanas que el trato había traído desde las playas del Perú y Méjico á España.

Recordamos aquella excelente octava de la *Dragontea*.

Ya por el campo y la *zavana* (1) verde,
marchando viene el escuadrón formado,
que de las cajas el compás no pierde
más *que* de acero de soberbia armado:
No hay eco en tierra ó mar *que* no concuerde
poniendo bríos al menor soldado,
para que alegre y arrogante marche,
con el acento *que* despide el parche.

Lope de Vega alcanzó una perfección encantadora de lenguaje entremezclando voces peruanas en uno de los más delicados romances que posee el habla española. No hay ejemplo de más graciosas y bellas formas, de más ternura en los pensamientos y en las frases, por lo que siempre se ha de considerar como una joya sublime y esplendente de nuestra poesía. Hasta los principios de este siglo se cantaba por las señoras peruanas predilectamente.

---

(1) «*Zavana*, se llama toda la tierra que no tiene monte, sea llana ó doblada.» El Padre Fr. Pedro Simón en su libro de las *Conquistas de Tierra firme en las Indias occidentales*.

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

CANCIÓN AMERICANA

Piraguamonte, Piragua, (1)
Piragua, Xerizarizagua.

I

En una *piragua* bella,
toda la popa dorada,
los remos de rojo y negro,
la proa de azul y plata.
Iba la Madre de Amor,
y el dulce niño á sus plantas:
el arco en las manos lleva,
flechas al aire dispara;
el río se vuelve fuego,
de las ondas salen llamas.
A la tierra, hermosas Indias,
que anda el Amor en el agua,
Piraguamonte, Piragua,
Piragua, Xerizarizagua.
Bío Bío,
que mi *tambo* (2) le tengo en el río.

II

Yo me era niña pequeña
y enviáronme un domingo
á mariscar por la playa
del río de *Bío Bío*;
cestillo al brazo llevaba
de plata y oro tejido;
hallárame yo una concha,
abríla con mi cuchillo.
Dentro estaba el niño Amor
entre unas perlas metido,

(1) *Piragua*, es un modo de barca que se boga con canaletes, aunque también se le suele poner una vela, á algunas suelen poner á los bordos algunas cañas, para que el bordo esté más alto del agua, y éstas se llaman falcadas. *Fr. Pedro Simón. Noticias historiales de las conquistas de Tierra firme.* (Cuenca, 1627.)
(2) *Tambo*, es lo mismo que venta. Usase en el Pirú, no en el reino.—*El mismo Autor.*

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).
Centro Virtual Cervantes

asióme el dedo y mordióme,
como era niña dí gritos.
Piraguamonte, Piragua,
Piragua, Xerizarizagua.
Bío Bío,
que mi *tambo* le tengo en el río.

III

Entra, niña, en mi *canoa* (1)
y daréte una guirnalda,
que lleve el sol que decir
cuando amanezca en España.
Iremos al *tambo* mío,
cuyas paredes de plata
cubrirán paños de plumas
de pavos y *guacamayas* (2).
No tengas miedo al Amor,
porque ya dicen las damas,
que les quiebra el interés
todos los rayos que fragua.
Piraguamonte, Piragua,
Piragua, Xerizarizagua.
Bío Bío,
que mi *tambo* le tengo en el río.

IV

La blanca niña en cabello,
salió una mañana al río:
descalzó sus pies pequeños,
comenzó á quebrar sus vidrios.

---

(1) *Canoa*, es un modo de barca hecha de una pieza porque sólo se hace de un tronco de árbol cavado y puesto en proporción, de manera que se va ensangostando desde enmedio que es ancha de una vara y más para ambos extremos hasta que remata en punta; alta del agua con su modo de popa y proa. Navéganse con éstas los ríos y aun las costas del mar; y son algunas tan grandes, por ser valentísimos los árboles de que se hacen, que van veinte y más hombres en ellas y muchas mercaderías.—*El Autor citado.*

Canaletes son los remos con que se bogan las canoas. Son unos palos de una vara de largo que rematan en punta y una tercia por lo más ancho y un cabo, por donde los mueven, de otra vara de largo, algunas más y otras menos.—Fr. Pedro Simón.

(2) *Guacamaya* (y no guamayo,) es una especie de papagallo grande y de hermosísimos colores que parece la naturaleza se extremó en dárseles los más vivos, que se han visto y tiene de todos. Enséñase á hablar y aun jugar con los muchachos. Toda ella á bulto tiene el cuerpo tosco que sólo la hace estimar el vestido.—*El dicho Autor.*

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

Andaba nadando Amor,
y acercándose quedito,
asióle del uno de ellos,
á quien llorando le dijo:
«Deja el pie, toma el cabello
»pues que la ocasión ha sido,
»y porque mejor la goces,
»vente al mi *tambo* conmigo.»
Piraguamonte, *Piragua*,
Piragua, *Xerizarizagua*.
Bío Bío,
que mi *tambo* le tengo en el río.

Después de este animado cuadro de los tesoros de nuestro idioma ¿qué me resta decir? Yo bien quisiera haber presentado aquí un trabajo completo de las más acabadas filigranas, donde se pudieran, en breve espacio, saborear los primores de nuestro elegante idioma.

Creo que de este cuadro resulta una convincente muestra de que uno de los medios más eficaces de la conservación y perfeccionamiento del idioma, es establecer la constante enseñanza de estos y otros semejantes giros, presentada con perfecto arte para que la índole de él no se adultere con el transcurso y las volubilidades de los tiempos, el curso irresistible de las modas y la caprichosa y fantástica manera de idolatrar en bellezas de otras lenguas, que si ellas pueden ser admirables, traídas á la nuestra son de poco efecto, con las que sólo se consigue desvirtuar la majestad ó la gracia del habla de nuestros sublimes escritores, sin añadirle una sola belleza.

ADOLFO DE CASTRO

Cádiz, 19 de Octubre de 1892.

CLHI. Adolfo de Castro (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes